

un ministro del Interior que no hace más que entonar el punto de vista de sus servicios, a los cuales debe insuflar un espíritu de combate. Pero ese punto de vista no puede coincidir con el del ministro de Justicia.

No conforme con la resonancia de estas declaraciones, Poniatowski añade una tercera: la defensa de la pena de muerte. La pena de muerte no está abolida en Francia, pero se aplica en escasísimas ocasiones, y hay un movimiento muy fuerte para su abolición definitiva. La defensa de la pena de muerte hecha por un

ministro del Interior causa sobresaltos en una opinión pública abolicionista.

Atención a Poniatowski: muchos le consideran como el futuro «hombre fuerte» del régimen. En caso de agudización de la crisis y de los conflictos sociales, podría ser llamado al cargo de primer ministro, sucediendo a Chirac, y el Presidente de la República podría cederle un gran número de poderes. Podría ser uno de los gobernantes de la extrema derecha que se diese Occidente en caso de contracciones políticas graves. ■

«Cartier y el cartierismo»

● Raymond Cartier, que acaba de fallecer en París, inventó un modelo de periodismo que hizo la fortuna del semanario «Paris-Match»: una especie de relatos visuales, con detalles minuciosos de tipo accidental —la tapicería de un tresillo sobre el que se celebraba una entrevista histórica, los mue-

un equipo de reporteros que obtenían los datos que luego él analizaba, completaba, escribía. Una gran información brotaba de sus escritos. Pero también un aura conservadora. Partidario decidido de los Estados Unidos, donde residió muchos años, puso al servicio de éstos toda su maquinaria informativa y literaria. Sus reportajes sobre América Latina, reunidos luego en libro, son un modelo de periodismo informativo y al mismo tiempo de servicio a una política. Conservador a ultranza, todos sus productos tuvieron siempre una misma finalidad.

Raymond Cartier legó a la política un término: el «cartierismo». Consistió en la negativa de ayuda a los países subdesarrollados, en un momento en que la tendencia filantrópica mundial consideraba esa ayuda como básica en política y humanitaria en grado sumo. El «cartierismo» consistía en explicar el mal uso del dinero enviado por Estados Unidos y por Francia —especialmente por Francia— a los países recién salidos de la independencia: según su serie de artículos aparecidos en «Paris-Match», ese dinero se perdía en gastos administrativos excesivos, construcciones dispendiosas que no respondían a las necesidades reales, promoción de técnicos y profesionales que luego iban a ejercer su carrera a países más desarrollados. El «cartierismo» encontró algún apoyo desde la izquierda por parte del profesor René Dumont, que consideraba que concretamente África había iniciado mal el camino de la independencia, y también de Edouard Bonnefous en su libro «Les Milliards qui s'envoient»; pero en general fue objeto de fortísimos ataques y de acusaciones de colonialismo, de egoísmo. En política, dentro de Francia, «cartierismo» es sinónimo de egoísmo.

Su moda periodística fue borrándose poco a poco. «Paris-Match» fue lentamente descendiendo de tirada, y podría calcularse que hoy estaba por debajo de la mitad de lo que estuvo en sus buenos tiempos. Fue también apartándose de Raymond Cartier y su estilo en busca de nuevos estímulos para el lector. Raymond Cartier ha muerto sobrepasado por los tiempos. ■



Raymond Cartier.

bles de un salón, etcétera— con la intención de enfrentarse con la concurrencia que hacían los sistemas audiovisuales a la prensa escrita. Una selección minuciosa de fotografías —«Paris-Match» desecha un promedio de cien por cada una que publica— ofrecían al lector-espectador la imagen única, seleccionada, evitándole la molestia de tener que seleccionar por sí mismo el «momento» de un largo reportaje de televisión.

Naturalmente había algo más. Había una información detallada y minuciosa. Raymond Cartier no era un periodista-escritor al estilo europeo, al estilo antiguo de Jack London o Paul Morand: tenía a su disposición

Margaret Thatcher, la ninfa conservadora

● Las mujeres británicas están satisfechas de que en el año internacional de la mujer sea una mujer la que haya tomado la delantera en las elecciones del partido conservador, Margaret Thatcher podría ser el primer ministro en la oposición si la favorecieran las votaciones del segundo turno (las votaciones se producen precisamente en el lapso entre la escritura de estas líneas y su publicación). Por primera vez en la historia una mujer llega a una posición semejante: el país que tiene una Reina y que ha tenido brillantes y dominadoras Reinas en su historia no podría oponerse por razones sexistas.

Margaret Thatcher tiene cuarenta y nueve años, procede de la clase media comerciante, ha estudiado química y derecho, pero ha escogido este último para su carrera, especializada en temas fiscales. Miembro del Parlamento a los treinta años, ha ido ascendiendo en el seno de los gobiernos conservadores hasta ser ministro de Educación, en 1970. Perteneció a la línea de la derecha de su partido y lo demostró en su ministerio al aumentar los precios de los comedores escolares,

suprimir la distribución gratuita de leche y oponerse a la «escuela única» en la enseñanza secundaria.

Pero más que el ascenso, notable, de la señora Thatcher, resulta noticia la caída de Heath. El primer ministro —en el poder o en la oposición— que ha llenado la actualidad británica durante diez años, no sólo ha perdido su puesto, sino posiblemente su carrera. En el primer turno electoral se quedó con 119 votos, frente a los 130 de la señora Thatcher. Ha recogido así los amargos frutos de los errores cometidos durante su ministerio, de la pérdida de dos elecciones generales consecutivas y de la falta de brío para conducir la oposición. Heath no ha querido acudir a la segunda vuelta. Ha dimitido antes de ser dimitido.

Pero, ¿cuándo habrá un gobierno conservador? Las dos elecciones del año pasado parecen haber demostrado que, por ahora, los conservadores están en minoría en la nación: las rupturas y las escisiones dentro del partido son una consecuencia de ello y, al mismo tiempo, aumentan sus dificultades ante unas elecciones generales futuras. ■

Operación Portugal

● El «Times», de Nueva York, fue el primero en publicar la noticia: la Unión Soviética había solicitado de Portugal una base pesquera en su costa para albergar sus navíos que faenan en el Atlántico. Una noticia escandalosa. Los Estados Unidos, la OTAN, claman ya a la inversión de alianzas, precisamente mientras sus soldados —marines— desembarcan en Portugal, sus aviones sobrevuelan el territorio y las costas portuguesas y patrullan sus navíos en unas grandes maniobras. Una noticia inmediatamente útil para la «Operación Portugal» lanzada y sostenida por toda la derecha del mundo. Portugal desmiente oficialmente la noticia, e incluso se anula el viaje que el ministro de Pesca de la URSS iba a hacer a Portugal. Pero el «Times» insiste: La noticia es cierta y procede de «fuentes del propio Gobierno». O miente el informador, o mienten sus fuentes, o hay en el Gobierno portugués quienes ayudan a sostener la campaña internacional que no cesa un solo día.

Sólo que al insistir en su veracidad, el «Times» dice que es posible que Moscú abandone el proyecto por el mismo hecho de haber sido ya publicado. ¿Es que Moscú y Lisboa pensaban instalar la base en se-

creto? ¿Es que no sabían cuál iba a ser la repercusión internacional?

Por otra parte, ¿una base pesquera es algo tan grave como para que la OTAN se contraiga de pavor y la Europa Occidental advierta a Portugal del peligro que supone? Sí, porque «como se sabe», los barcos pesqueros soviéticos no pescan en realidad o lo hacen como pretexto: en realidad son «barcos-espía». Y porque los soviéticos inician sus bases como pesqueras y terminan convirtiéndolas en militares: Cuba, Guinea, Mauricio... ¿Y España? España tiene bases pesqueras soviéticas en Canarias. ¿Alberga así barcos-espía o permite su conversión en bases militares? El «Times» no se detiene ante esta objeción: En efecto, en la Isla de Alborán, cerca de Málaga, los buques soviéticos fondean y tienen instalaciones propias.

Todo esto es, parece, un montaje. La noticia puede muy bien haber salido de Lisboa, y si no de fuentes oficiales, de fuentes efectivamente muy próximas al Gobierno. Pero de fuentes que tratan de manipular de esta manera su situación interior y hacer ver al mundo cuál es «el peligro comunista», y al Movimiento de Fuerzas Armadas, cuáles son las reacciones mundiales ante un posible «desliz» portugués. ■